

humor»⁹. Es el caso, por poner sólo un ejemplo, de la larga historia del báculo, que un charlatán callejero pretende vender a Jacob en El Cairo bajo el reclamo de sus mágicos poderes en la localización de cadáveres enterrados con sus joyas, justo cuando el protagonista acaba de apalabrar el negocio del robo de las reliquias; un báculo que Jacob no compra, pero que días después recibe anónimamente en su casa acompañado de la leyenda «Recuerdo de El Cairo»; que, para triple sorpresa, porta en su empuñadura una inscripción en la que se lee la clave de la caja fuerte del padre de Jacob, donde verdaderamente se encuentran las ansiadas reliquias... y que resulta ser desde el principio hasta el fin una maquinación socarrona de tía Corina, que ésta desvela al narrador al final de la trama. Ahora bien, más allá de la voluntad de parodia de los enigmas esotéricos, en este lugar dominante del humor y su pariente cercano, el juego, hay que ver un síntoma del desamparo gnoseológico del hombre posmoderno. Ya decía antes que, ante el desconcierto en que nos sume la realidad de hoy, ante el desmantelamiento de las viejas seguridades y la desconfianza para con la historia y los relatos totalizadores desde los que interpretarla, al sujeto de nuestros días no parece quedarle otra trinchera defensiva que la broma, la ironía, el juego, el humor. Este perfil elusivo, donde la ironía y el juego hedonista funcionan como necesario distanciamiento, es uno de los rasgos más notorios de la estética de la posmodernidad, y aparece también en la novela de Felipe Benítez como el modo más sabio de enfrentarse a este tiempo nuestro inseguro y azaroso. Y no he dicho azaroso en vano: porque la vida del narrador-protagonista de *Mercado de espejismos* pareciera pender verdaderamente de un juego de azar, en el que todo es posible y nada atiende a lógica segura. No debe de ser casual que la invitación al juego que inaugura la novela se la haga «un crupier a un tahúr –o viceversa». El azar, ese «mago ciclotímico» que ya campaba por sus fueros en *El novio del mundo*, dirige también la realidad incontrolada de esta novela, y por cierto que en la ideología de la posmodernidad, ante la puesta en duda de las bases sobre las que se asentaba la modernidad científica,

⁹ Felipe Benítez Reyes: «*El hombre que fue Jueves*», en *Bazar de ingenios*, op. cit., p. 128.

ocupa el lugar preeminente que antes correspondía a las certezas racionalistas. Al final de la narración de Jacob, nos quedamos con la resignada sospecha de que, ante la impotencia del conocimiento y la razón, el «sí» era la única respuesta inteligente a la interpe-lación inicial. Porque como nos explica a su manera el narrador-protagonista, bromear es un método como otro cualquiera de expresar –y de ahuyentar– el pánico (p. 108).

No habrá que explicitar, entonces, que *Mercado de espejismos* vuelve a estar presidida por la que viene siendo la actitud caracte-rística del sujeto enunciador de la literatura de Felipe Benítez: la *perplejidad*, la extrañeza del yo ante la realidad. En este caso, la problematicidad de un sujeto posmoderno en conflicto consigo mismo, cuyo rasgo más visible es el uso de la máscara autobio-gráfica en respuesta a su conciencia descentrada o desyoizada, se manifiesta en carne viva desde las primeras líneas de la novela:

Me llaman Jacob, pero ese no es mi nombre, como es lógico. Para ustedes, de todas formas, seré Jacob: la máscara de un nombre.

(Pónganse también su antifaz, si les parece, y así vamos empe-zando a conocernos.) (p. 9)

Este sujeto esquizofrénico, el Jacob que un día le nació por dentro a Miguel Vinuesa, y a quien el médico interpela significa-tivamente al final de la ficción –«¿Sabe distinguir lo que escribe de lo que vive?» (p. 396)–, se pasa la novela haciéndose preguntas, supone él y supone bien que para evitar el estupor. Y ante la pér-dida esencial de la propia identidad y la del mundo que le rodea, acaba proponiéndonos una conclusión tan desengañada como lúcida:

–¿Qué somos?

–Nuestro pensamiento

–¿Qué es nuestro pensamiento?

–Lo que somos y lo que no.

–¿Qué somos y qué no?

–Lo que disponga nuestro pensamiento.

Y así hasta el infinito, o casi. (p. 396)

El pensamiento, con todas sus trampas, es la frágil herramienta con que contamos para la construcción y, al fin, la *invención* de un yo de naturaleza quebradiza, un yo que se reconoce en sus propias dudas y se busca en las imágenes reflejadas en los espejos. No sólo lo real, sino la propia identidad también, o sobre todo, es un mercado de espejismos. Y si no, reparemos en la desolada reflexión de Jacob:

[...] la mayor falsificación imaginable es la propia realidad: el espejismo de un espejismo de un espejismo reflejado en el espejo hundido en el fondo de un lago transparente. (Ah, por cierto: y Narciso, con gafas de miope, escrutando su reflejo en ese espejo náufrago y preguntándose: «¿Quién será ese monstruo?».) (p. 206)

La cita no puede ser más expresiva. ¿Pero qué es lo que ocurre con la realidad? A Jacob, el narrador-protagonista, le encomiendan el robo de las reliquias de los Magos custodiadas en la Catedral de Colonia y decide aceptar esta oferta un tanto descabellada; a partir de ahí, podría decirse que su ignorancia suspende su albedrío y se convierte en una marioneta de la realidad y sus estrafalarios habitantes. Sin saber que el robo mismo está planteado como lo que llama el gremio una «maniobra-espejismo» (que se planea, se anuncia, pero que nunca será ejecutada), Jacob se ve inmerso casi desde el inicio en una trama que no comprende, le sobrepasa una sucesión desconcertante de acontecimientos y accidentes que no se ve capaz de interpretar, encajar o descifrar. Y así su narración se vuelve un intento de reconstrucción o de invención de una realidad que a cada paso se hunde bajo sus pies, con la dosis consiguiente de duda y estupor. Los personajes de la novela le ofrecen versiones, narran sucesos que se afirman como verdaderos para enseguida ser desmentidos, dicen cosas que otros testimonios acuden inmediatamente a negar, incluso los propios personajes se niegan unos a otros en una suerte de «carrusel de impostores», y el mundo exterior aparece como un jeroglífico, como una paradoja irresoluble para la mente del protagonista, que al final de la ficción llega a declararse «desterrado de la realidad» (p. 390). El efecto es naturalmente desestabilizador, y la novela

acaba por emitir un mensaje escéptico: «Nos empeñamos en comprender –concluye Jacob–, pero nos olvidamos con frecuencia de comprender lo básico, aunque me duela decirlo: que no hay gran cosa que comprender» (p. 373). Un escepticismo que traduce la visión del mundo de la ineludible posmodernidad, según antes he adelantado.

Bajo la orientación del novelista, generoso en la provisión de claves, hemos avanzado algunas interpretaciones del título de la novela, *Mercado de espejismos*, y podríamos encontrarle muchas más –la posmodernidad, esa «palabra mágica», también nos dice que la interpretación es infinita. Abundando en mi última reflexión, quisiera pararme en la interpretación que a mí se me antoja primordial, y a la que vuelve por cierto a llevarnos el autor en la página 372 del relato, esta vez de la mano del profesor Negarjuna Ibrahim, «aquel dómine de supranaturalismos», en respuesta a las inquisiciones ansiosas de Jacob: «Mire: en el sarcófago de Colonia hay lo que cada cual quiera que haya. Cualquier fe se cimienta sobre vapores. En cuanto al interés de alguien por querer robar aquello, no olvide que todos somos mercaderes de espejismos». Así pues, la realidad es una invención, un espejismo de nuestro pensamiento. Pero conviene proseguir esta cita sin desperdicio:

No puedo decirle más sin engañarle. [...] Nada de lo que veo tiene sentido global, porque no pasa de ser una maraña de gente que entra y sale de un escenario para entonar su monólogo absurdo. [...] Usted es el naufrago que sueña que intenta alcanzar en vano la isla en la que está teniendo esa pesadilla [...] La vida consiste en eso: en ir renovando el repertorio de alucinaciones. (p. 372)

De todo lo cual, una vez más, Jacob infiere una conclusión desengañada: «Y ahí quedó la revelación: niebla sobre niebla, humo contra humo y vacío envasado al vacío, como si dijéramos» (p. 372).

Mercado de espejismos. Curiosamente, uno de los teóricos más influyentes de la posmodernidad, Fredric Jameson, ha basado su concepción de este espacio cultural e ideológico en el imperio de